

sor incontrastable de la divinidad. Las religiones pueden formarse una idea falsa ó incompleta de Dios; pero decir que hay una religión sin Dios es un contrasentido. Si la Revolución ha tenido el entusiasmo de la religión, es porque realmente era una religión. Es esto tan cierto que hasta trató de darse un culto. La religión de los revolucionarios excita el desdén de los modernos ortodoxos. Á nuestro entender, una religión que cuenta los mártires por millares no es tan digna de desdén. Tan sólo una fe ardiente puede inspirar el sacrificio. Si los revolucionarios iban á la muerte cantando el himno de la libertad, es porque tenían fe. ¿De quién la tenían? De sus maestros, los filósofos (a). También éstos tenían, ya lo hemos dicho, la pasión de la verdad, el espíritu de propaganda, y, sobre todo, la devoción á la causa de la humanidad, que hizo que arrostrasen la muerte los héroes de la República. ¿Y se dirá que no tenían Dios? Á los que lo digan, responderemos repitiendo el voto que hemos ya expresado en otra parte: Dios nos dé ateos semejantes (1).

En apariencia, el movimiento religioso de la Revolución fracasó, y por eso los historiadores se ocupan tan poco de él. Ese movimiento tiene, sin embargo, su importancia, y ésta es tan grande como la del movimiento político, porque la fe juega un papel tan considerable en la vida de la humanidad como la libertad y la igualdad. Pero ¿es cierto, después de todo, que la revolución religiosa pasó sin dejar ningún elemento de porvenir? ¿Está olvidado el culto que los hombres del 93 inauguraron, ó, digámoslo mejor, no queda ningún vestigio en la esfera de la religión del inmenso movimiento del siglo XVIII? Los filósofos llamaban religión natural á las creencias que Dios ha puesto

(a) El autor no ve claro en esta materia. ¿Qué duda tiene que el amor ferviente á la libertad y á la patria llega muchas veces, en épocas de pasión y de lucha, á constituir una religión, y que los sacrificios que impone ese amor hacen el más fervoroso y hasta el más sublime de los cultos. Á esa religión y á ese culto se refieren todas las citas que viene aquí agrupando con gran trabajo y sutileza de ingenio Mr. Laurent. En esa religión—por metáfora—y en ese culto ferviente, los que menos parte han tenido y tienen siempre son los filósofos escépticos. De consiguiente, los *sensualistas* á lo Condillac, Condorcet, d'Holbach y Voltaire mismo, no pudieron ser los maestros de tal religión ni de tal culto. Esa religión y ese culto se los crea el pueblo, el pueblo anheloso siempre de creencias, de aspiraciones, pronto á creer en el bien y dispuesto á realizarle *ex toto corde*. Pues ese pueblo ha llegado en muchas partes á no creer en los curas, pero nunca ha dejado ni dejará de creer en el que subió al Calvario de la Cruz y dió en ella la vida por la redención de ese pueblo y de la humanidad.—(N. del T.)

(1) Véase la parte duodécima de estos *Estudios*.

en nuestra alma (a), y rechazaban todos los demás dogmas como obras del error ó de la superchería. Y bien, si actualmente queda en las almas un sentimiento religioso, es el de la religión natural; la religión sobrenatural y revelada se va á despecho de la reacción católica. Digase lo que se quiera, nosotros somos los hijos del siglo XVIII y de la Revolución.

¿Qué importa, después de eso, que el culto revolucionario y que las ideas religiosas de la Revolución hayan caído en olvido? Rara vez ó nunca sucede que lo que los hombres quieren se logre de la manera que lo han querido. ¿Por ventura se ha realizado el espiritualismo del Evangelio, aun cuando constituye la esencia de la doctrina evangélica, si de doctrina puede hablarse cuando se trata de la *buena nueva*? ¿Qué es lo que Jesucristo, que es lo que los apóstoles han predicado á los Judíos y á los gentiles? El instantáneo fin de las cosas y el advenimiento del reino de Dios (b). ¿Se ha cumplido nada de eso? No, lo cual no ha impedido al cristianismo el ser una religión poderosa y dirigir á los hombres por espacio de siglos, como los dirigirá siempre, en cierto sentido, si se reduce la predicación evangélica á la inspiración de Cristo. Lo mismo sucederá con la Revolución: sus ideas, sus creencias, sus esperanzas, pueden desvanecerse como ilusiones: en todo caso se transformarán, lo cual no impide que el mundo moderno principie en el 89. Si en el primer siglo de nuestra era algún reaccionario gentil hubiera razonado acerca del Evangelio como razonan nuestros reaccionarios católicos acerca de la Revolución, habría dicho: "Fracasó la vana tentativa de destruir el cul-

(a) Parece mentira que Laurent, que al final de la parte tercera de sus *Estudios* ha confesado la inutilidad, ó la ineficacia de los gigantescos esfuerzos de la filosofía y de los filósofos Celso y Porfirio, Plotino y Proclo, Apolonio y Juliano y Themistio, para regenerar el mundo, y no ha podido menos de confesar el triunfo de Galileo y la eficacia y el poder de la religión... se empeñe aquí en hacernos creer que lo que aquellos no consiguieron lo han conseguido ó lo van á conseguir los volterianos. No, ni es ese el camino que lleva el mundo, ni es, á nuestro juicio, el que debe llevar. El escépticismo destruye, la negación mata. Sólo la fe crea y es capaz de allanar montañas. Ahora que la fe no está ni debe estar reñida con el *rationalis obsequium*, ó, más bien dicho, esta es ya la fe que quiere y que necesita el mundo.—(N. del T.)

(b) Esto, que ya hemos negado, y lo que á seguida dice el autor, forman la contradicción más flagrante. Tener sólo una doctrina por objeto el prepararse á morir, y haber logrado dirigir las sociedades humanas por espacio de siglos, sirviendo para dirigir las siempre bajo la inspiración de Cristo... no sabemos concertarlo. Esto último es lo que nosotros entendemos, y en esto estamos muy de acuerdo con Laurent.—(N. del T.)

to de nuestros padres: el Cristo, que quería destruir á nuestros dioses, ha hecho una predicción ridícula. Según él, nuestro mundo ya no debería existir; se apresuró á anunciar que su reino estaba próximo; es un falso profeta: su pretendido reino es un reino imaginario, mientras que nuestra antigua religión durará tanto como la Ciudad Eterna. Que esto nos enseñe á no ser demasiado precipitados en nuestros juicios. Que los unos no se apresuren á cantar victoria, que los otros no se abandonen tan pronto al desaliento. Dejemos hacer á Dios, que tan bien desempeña su papel en las cosas humanas. Nosotros sabemos lo que los hombres han querido; pero ¿sabemos los designios de Dios?

N.º 3.—Carácter político de la Revolución.

El movimiento religioso de la Revolución tiene tanta importancia á nuestra vista, que nos creemos obligados á consagrarle un estudio aparte (1). Y nos limitaremos por ahora á las ideas políticas. También sobre este punto se lamentan los hombres de poca fe. Francia es la que, por medio de su heroico arranque, ha conquistado la libertad y la igualdad; dejándose después llevar de su genio, que la inclina hacia la igualdad y la unidad, ha olvidado insensiblemente la magnífica Declaración de los derechos del hombre por la cual había comenzado, y ha concluido por entregarse á un soldado de fortuna. Nuevas insurrecciones han producido nuevas caídas; y en definitiva, la nación que ha paseado por toda Europa la bandera de la libertad gime bajo un despotismo legal, mientras que se proclama soberana. ¡Qué inmensa decepción! En presencia de ese lamentable espectáculo, los hombres del pasado han dicho con júbilo que la libertad era una quimera, que la igualdad era otra quimera, y que no había salud para la humanidad más que en el regreso completo al catolicismo, á la Iglesia y á la monarquía absoluta, su digna aliada. De ahí este periodo de reacción en que estamos aún empeñados. No hay épocas más tristes en la vida de la humanidad; dominan en ellas los bajos instintos del hombre, el miedo, la cobardía, el interés, la materia, el lodo. Los hombres no se atreven ni aun á manifestarse tales como son; encumbren con nombres bonitos sus miserables pasio-

(1) Véase la parte décimacuarta de estos *Estudios*.

nes; de ahí una monstruosa hipocresía, verdadera lepra de nuestro actual estado social. Aquellos mismos que permanecen fieles á sus convicciones y á sus creencias se cubren con el cilicio y la ceniza, y llevan el luto por una libertad que ha huido de ellos como un sueño, en el momento mismo que creían poseerla. Hombres de poca fe, ¿ignoráis que el progreso se realiza sólo por el sufrimiento y el dolor? Han sido necesarios mártires por espacio de siglos para fundar el cristianismo. Los cristianos han muerto por una religión del otro mundo; á nosotros nos toca vivir por nuestra fe política, llevando alta y firme la bandera de la Revolución, manteniendo nuestros principios con una fidelidad inquebrantable: si son verdaderos, ellos triunfarán de todas las reacciones. Lo que debemos hacer en estos tiempos de alto ó de retroceso es examinar nuestros creencias, es limpiarlas de los errores que se hayan introducido en ellas, es difundir la verdad cuando creamos haberla encontrado. Ayudémonos y Dios nos ayudará.

¡Libertad! ¡igualdad! Palabras mágicas; pero ¿qué significan? Si es que han fracasado, no ¿podría acaso consistir en que los hombres de la Revolución han querido una falsa libertad y una igualdad quimérica? Ellos esperaban una era nueva y yo no sé qué edad de oro. Pero ¿qué entendían por esa nueva era y cuál era el progreso que querían realizar? Creían que la humanidad iba á ser regenerada por medio de los dogmas políticos que proclamaban. Pero ¿no relacionaban esos principios con ideas tomadas de un estado social que ya no existe y que ya no puede ser el nuestro? Eran idólatras de la libertad; pero esa libertad, ¿no era acaso la que conocían los Griegos y los Romanos, es decir, el ejercicio de la soberanía, el poder? Y la libertad así entendida, ¿no se alía frecuentemente con lo arbitrario y con el despotismo? La Revolución quería la igualdad; pero hay también una falsa igualdad como una libertad falsa. ¿No es una falsa igualdad la que extravió á los hombres del 93? La igualdad, tal como Platón la soñaba, tal como Licurgo la realizó, mata el individualismo; ¿y puede haber libertad donde no hay fuerzas individuales?

No hacemos más que formular estos problemas; pero vamos á tratar de resolverlos, porque, á nuestro entender, constituyen el punto capital de la Revolución. Los historiadores se ocupan demasia-

do de los hechos, del drama, y han perdido de vista las ideas, siendo así que la Revolución es ante todas cosas una revolución en las ideas. Y es el pensamiento el que gobierna al mundo. ¿Son verdaderas las ideas del 89 y del 93? Entonces el porvenir les pertenece, y dudar de ello sería negar á Dios y á la Providencia. Pero si las ideas son falsas, es preciso desvanecer el error. Si la libertad de la Revolución es una falsa libertad y la igualdad una igualdad imaginaria, lograremos saber por qué no ha tenido éxito la Revolución. El imperio del mundo no puede pertenecer al error.

Apresurémonos á decir que no todo es error en las doctrinas de la Revolución. La verdad se abrió en ella campo, pero ha sido oscurecida por influencias de raza y de civilización. En vano se negaría esa influencia: ¿no es acaso la raza la que constituye la esencia de las nacionalidades? Y los mil y un elementos que constituyen la nacionalidad, ¿no son para los pueblos lo que las disposiciones innatas para los individuos? Aquellos y éstas determinan el porvenir de los pueblos y de los individuos. No quiere esto decir que destruyan la libertad, pero es cierto que la disminuyen. Por lo mismo que la libertad subsiste, es falso que todo sea fatal en la vida humana. El elemento de fatalidad ó de raza pierde, por el contrario, su fuerza á medida que el hombre se eleva en la escala de los seres. Sócrates tenía sus malos instintos, como los tienen todos los hombres; pero Sócrates los dominó y llegó á ser un tipo, un ideal. Otro tanto sucede á las naciones: su pasado pesa sobre ellas y sufren su influencia; esa acción se ejerce largo tiempo, sin que se den de ello cuenta; pero desde el día en que tienen conciencia de aquel influjo, el imperio de la fatalidad está destruido, porque desde entonces pueden y deben combatirlo, y su porvenir depende de sus propios esfuerzos.

Hemos dado con una verdad consoladora para los pueblos y para los individuos: nuestro destino está en nuestras manos; somos nosotros los que le elaboramos. Si, como ha dicho el viejo poeta de la humanidad, somos los artífices de nuestras desgracias, también podemos y debemos trabajar en nuestra felicidad. Pero ¿en qué consiste ésta? Punto es este esencialísimo. Si colocamos la felicidad en el otro mundo, en una existencia contemplativa, como lo hace el cristianismo tradicional, nos veremos necesariamente inclinados á abandonar desde

este mundo la vida real por una vida de contemplación, ó, por lo menos, nos veremos tentados á despreciar los intereses civiles y políticos, para preocuparnos exclusivamente de nuestra salvación. ¿Qué nos importan entonces la libertad y la igualdad? La libertad interior nos bastará, y la igualdad la esperaremos en un cielo imaginario. La felicidad, así considerada, es un obstáculo casi invencible al perfeccionamiento político y social, y es más funesta todavía si tratamos de realizarla en las condiciones materiales de esta vida y de este mundo. Si por felicidad se entiende el goce, cualquiera que él sea, se llega á una falsa noción de la vida, y una experiencia secular debería habernos bastado hace muchísimos tiempos para enseñarnos que esa felicidad es una quimera. Hay otra noción de la felicidad, y es la de colocarla en el desarrollo de nuestras facultades intelectuales y morales. Cada ser está creado con determinada misión. Dios ha marcado nuestro destino, dotándonos de razón y de sentimiento, y estos dos órdenes de facultades son los que estamos llamados á desenvolver y á perfeccionar. En eso consiste nuestra felicidad.

¿Cómo desempeñará el hombre su misión? Lo que distingue más á los seres dotados de razón es una variedad infinita de disposiciones; cada individuo es un pequeño mundo que difiere de todos aquellos que se mueven con él en el mismo espacio. Siendo el individualismo el carácter distintivo del hombre, es necesario que cada individuo obre y se desenvuelva según sus propias leyes; es decir, que debe gozar de entera independencia, de una libertad ilimitada (a), mientras que no se sal-

(a) El autor suma aquí cantidades heterogéneas de ideas, que tienen ciertamente su valor, pero en esfera distinta unas de otras. ¿Qué tienen que ver las «varias disposiciones de cada hombre» con el individualismo y con que cada hombre sea un pequeño mundo? ¿Y de dónde saca Laurent que cada hombre tenga su ley especial de desenvolvimiento? Bueno andaría el mundo moral con tantas leyes. ¿Qué libertad es la que quiere fundamentar y definir aquí el autor? ¿Es la libertad moral, el libre albedrío del hombre, ó es la libertad civil de ir y venir, de pensar y de decir? Pues ni una ni otra traen su origen de la «variedad de disposiciones» ni de la individualidad exclusivamente. Lo primero engendraría, como él dice, la variedad infinita de leyes; no una libertad, sino muchas libertades; no la unidad, sino el caos. Lo segundo llevaría al más degradante yoísmo, á la negación de la sociedad, de la moral y del derecho; por consiguiente, á la negación del hombre mismo. Porque á constituir al hombre entra tanto el elemento sociable como el elemento yo. El hombre, digan lo que quieran los inventores de Robinsones, no sería tal sin los hombres. Sin amor no hay sociedad, y sin relación no hay derecho. «Libertad ilimitada» es un absurdo, es hacer del hombre más que un Dios ó menos que un bruto. En cuanto que es sociable por esencia, su libertad, que es también esencial y necesaria, tiene que estar limi-

ga de su esfera para invadir y turbar la esfera de otra individualidad, cuyo derecho á un libre desenvolvimiento es lo mismo que el suyo. Tal es el fundamento del derecho que tenemos á la libertad; no hay otro derecho más sagrado; se le llama con justo título natural, porque es la naturaleza quien nos le da, toda vez que la libertad es inseparable de nuestro desarrollo, es decir, idéntica á nuestra existencia.

Esa libertad la vislumbró la Revolución: ¿quién podría negarlo? Esa fué su primera inspiración. Es admirable el largo trabajo que la Asamblea constituyente dedicó á la Declaración de los derechos del hombre, habiéndosela censurado de que se ex-

tada por la libertad y el derecho de los demás hombres. Y el caso es que el mismo Laurent no niega esto último. Sólo que antes afirma lo otro.—(N. del T.)

travió en vanas abstracciones. Fácil nos será probar que esas pretendidas abstracciones son los verdaderos principios de la vida civil y política. Por el camino abierto en 1789 es por el que debemos seguir marchando, al mismo tiempo que disipemos los errores que se han mezclado á la verdad, y que combatamos las influencias de raza y de tradición que han impedido á la Francia aprovecharse de una revolución por la que había derramado su más pura sangre. Después de esto, es necesario armarnos de paciencia. La educación de los pueblos no se hace en veinticuatro horas. Lo que nosotros deploramos como una decadencia y como un retroceso es tal vez, en los designios de Dios, un instrumento de nuestra mejora. Cuando veamos en la práctica la falsa libertad que consiste en la soberanía aparente del pueblo, nos convenceremos de que es una amarga decepción.